

# Desde la conmmoción

## Metales pesados de la escritura

Judy Marcioni, Tommy Smothers, John Lennon, Yoko Ono, Rosemary y Timothy Leary, en el hotel Queen Elizabeth de Montreal, en plena protesta por la guerra de Vietnam, en mayo de 1969.

■ GERRY DEITER-AFP



**LA ESCRITURA DEL DESASTRE**

Maurice Blanchot, Trotta, 128 pp., 13 euros.



**LSD FLASHBACKS**

Timothy Leary, Alpha Decay, 702 pp., 22,50 euros.



**LA FACULTAD DE LAS COSAS INÚTILES**

Yuri Dombrovski, Sexto Piso, 678 pp., 29 euros.



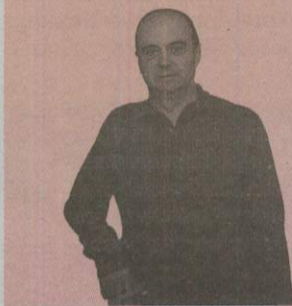
**D**esapegado de todo, incluso de su desapego». Es una de tantas sentencias de Maurice Blanchot ante las que pienso que es imposible ir más allá. Procede de 'La escritura del desastre' (Trotta), libro misceláneo, como de lúcido acarreo, que me ha demostrado una vez más que el pensamiento (iba a poner prosa, tanto da) de este novelista y crítico francés es a la par preciso e inquietante, uno de los más precisos e inquietantes que conozco, en la línea de su correligionario y cómplice intelectual Emmanuel Levinas, que fue quien me llevó a sus páginas.

Ambos escriben sin duda desde la conmoción interior y «la irrupción de lo incesante» en el fragor de la dialéctica. En estos fragmentos, al-

gunos casi aforismos, arrancados a la ruina del habla y al rumor que murmura, M. Blanchot asume que el desastre, leitmotiv del libro, que bascula entre seguir o dejarlo a lo Bartleby, entre el infinito o lo limitado, «lo arruina todo al tiempo que deja todo tal cual». Como siempre, pues, Blanchot se cuestiona radicalmente, desde el escepticismo y aquí con lo fragmentario como «marca de coherencia», la escritura, hasta desembocar en el horror de Auschwitz o del Gulag, pero también en la etimología, el narcisismo o lo poético. Para ello, dialoga con lo más granado: Bonnefoy, Char, Kafka, Heidegger, Celan, Derrida, Hegel, Wittgenstein, Valéry, Jabès, Hölderlin... lo normal en alguien cuya vida fue consagrada, según él mismo, «a

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN HERRERO



la literatura y al silencio que le es propio».

Igual que he frecuentado bastante a Blanchot, nunca había visto, ni citado, el nombre de Yuri Dombrovski. La editorial Sexto Piso lo trae a nuestro idioma a través de una narración monumental y extraordinaria: 'La facultad de las cosas inútiles'. La intriga -leve pero eficaz, mantenida de principio a fin- se inicia en una excavación fracasada, en territorio kazajo -donde el autor, en concreto en Almá Ata, pasó gran parte de su vida, en un exilio interior- cuando un trabajador se desvanece a causa de una insolación. La acción se centra en la pareja de arqueólogos al mando, a la postre denunciado y delator, pues el apogeo del estalinismo, cuando los procesos de Moscú, los inte-

rrogatorios kafkianos y el arresto continuado, cuando las pesadillas y alucinaciones se tornaron reales, planea de continuo sobre el argumento, en cuyo desarrollo destaca sobremanera la fuerza de los personajes secundarios, que forman meandros en la trama y son certeros, especialmente en lo que respecta a los burócratas que engrasaron la maquinaria brutal, infernal, y a los prisioneros del Gulag.

El propio Dombrovski estuvo en Kolimá, donde al decir de un personaje de la novela, «te pudres vivo», y murió probablemente a causa de una paliza que recibió en la Casa Central de los literatos, ya a la altura de 1978. Desde luego, el protagonista, más que probable alter ego del autor, es un buscarruidos irre-

dento. Durante once penosos años pergeñó, a través de la ficción, esta pormenorizada y concienzuda acta acusatoria en toda regla, que tuvo que ser publicada en París. Dombrovski es dueño de un estilo portentoso, muy diestro en los diálogos, trufado de espléndidas descripciones de la naturaleza, propias de alguien que ha observado mucho el campo. Pero también de mercados koljosianos o del aspecto de las variopintas criaturas que pueblan el libro.

Bajo la sombra alargada del camarada Stalin, también retratado, siempre presente, siempre amenazante, incluso ante un botella de tintillo georgiano; del guía genial y omnisapiente, corifeo de todas las ciencias, genio de la humanidad; del mejor amigo de los escritores, el mejor ami-





descorrido: «Esto es maravilloso, no cabe duda. Pero es falso, un sucedáneo. No hay camino rápido y fácil a la sabiduría. Sudor y esfuerzo son el precio del conocimiento».

Además es indiscutible el talento narrativo del autor que conforma una autobiografía apasionada y trepidante, con mucha frescura y no menos gracia. Su concepción de su concepción, que abre el volumen, es ya de quitarse el sombrero. Aseguido, da un salto de treinta y cinco años, hasta el momento

del suicidio, en el garaje de su casa de Berkeley, de su primera mujer (creo que tuvo cinco) y madre de sus dos hijos, con los que se 'exilia' en Florencia hasta que de allí salta al mundo académico de Harvard donde consigue iniciar una investigación en equipo sobre las drogas.

Leary fue una fuerza de la naturaleza. Con diez años leía de ocho a diez libros semanales, pudo con casi toda la generación beat, con la que se fue tropezando y de la que intercala sucintas y jugosas biografías. Su tía beata le espetó el siguiente currículum: «Expulsado del instituto. Expulsado del Holy Cross. Silenciado en West Point. Expulsado de la Universidad de Alabama. Fugado a Europa». Y eso antes de su aventura en Harvard que terminó con otra expulsión, y a partir de ahí habría que añadir, entre otros malentendidos, deportaciones de México y la Dominica, estancias en cuarenta trullos de cuatro continentes con fuga de película incluida –en una trepan con Charles Manson como vecino de celda–, errancias por el mundo, conspiraciones... para acabar establecido en Beverly Hills y convertido en forrofo de lo cibernético, normal en un narcisista de su calibre. Todo un carácter.

En su introducción, Burroughs reconoce que, aunque «fuera distorsionado y tuviese efectos dañinos en ocasiones» –y tanto, el libro está jalonado de malos viajes–, la influencia del «conocimiento secreto» que entrañan los hongos mágicos de los aztecas, «amargos y fibrosos, con sabor a leña húmeda», y la psicodelia es profunda en nuestra época, incluso facilitó «muchas de las libertades sociales del mundo occidental de hoy en día». Tal vez exageré, pero en general estoy de acuerdo con él, particularmente en lo que supone de avance en la sensibilidad («todo vibraba de vida, incluso los objetos inanimados») y aun en el conocimiento, no me atrevería a decir que en el saber.

go de los deportistas, el mejor amigo de los bomberos... Dombrovski es capaz de entrelazar affaires pasionales, digresiones sobre Cristo o ensueños de arenas ardientes que han engullido y conservado intactas fortalezas, palacios, observatorios o bibliotecas legendarias de todo punto incompatibles con el 'nuevo hombre soviético'.

Creo que en general hay menos literatura traducida a nuestro idioma sobre las atrocidades de Koba el terrible que sobre el nazismo. La suficiente, en todo caso, para percatarnos de que es otro pozo sin fondo. Estremecido por el testimonio de Dombrovski, destinado a dejar memoria, como adelanta la cita inicial de Ray Bradbury que abre el libro junto a otra no menos indicativa, irónica, de

Karl Marx, lo he llevado a la balda donde andan más o menos los libros sobre el Gulag y sus alrededores. Allí he dejado el novelón junto a 'Ingenieros del alma' con Gorki a la cabeza, al lado del de Buber-Neuman, 'Prisionera de Stalin y Hitler', 'Lo que no puedo olvidar' de Larina, 'La traición de los intelectuales' de Benda, 'Esclavos de la libertad' y 'Crimen sin castigo' de Shentalinski, 'El vértigo' de Ginzburg o 'Gulag' de Kizny; 'Contra toda esperanza' de la mujer de Mandelstam, los estudios de Applebaum y Tzouladis 'Historia del Gulag' y 'Los americanos que emigraron a la URSS', respectivamente, 'Sin inventar nada' de Razgon, 'Un mundo aparte' de Gustav Herling...

Una conmoción de orden completamente distinta alien-

### Considerado por el presidente Nixon el hombre más peligroso de EE UU, Leary fue el sumo sacerdote del LSD

ta 'LSD Flashbacks' (Alpha Decay) de Timothy Leary, sólo 'Flashbacks' en el original de 1983, con el doble sentido de recuerdos en analepsis, sobre todo de la vida familiar trazada en paralelo, ensartados en una autobiografía diacrónica y de rebotes de tripi. En el prologuillo, William Seward Burroughs, que lo conoció en el verano del 61 en la emblemática Tánger, señala que por

aquel entonces «había formulado un plan explícito y ambicioso para enchufar el mundo a las drogas psicodélicas». En efecto, el doctor Tim Leary, considerado por el presidente Nixon el hombre «más peligroso de Estados Unidos», fue el sumo sacerdote del LSD –su actitud la tilda el autor de 'El almuerzo desnudo' como «demasiado entusiasta, si no mesiánica»–, la llave lisérgica que abriría las puertas de la percepción (Aldous Huxley dixit), la emoción y la empatía humana, la última revolución espiritual, la verdadera para quienes de uno u otro modo participaron en ella y desfilan por las páginas de este libro simpático y sugerente.

Según T. Leary, el flautista de Hamelín de la paidomorfosis de los 60, el LSD se debe a la diligencia de un respetable

banquero de Manhattan, R. G. Wasson, el primer blanco que ingirió los hongos sagrados que administraba la luego famosa chamán de Oaxaca María Sabina, y al oficio de un químico suizo: Albert Hofmann, que sintetizó su principio activo. Cuenta también, entre otras informaciones de interés en torno a uno de los experimentos cruciales del s.XX en los terrenos antropológico, psicológico y cultural, al menos, las sesiones controladas de ingesta de psicobicina en una cárcel o en una iglesia, en una comunidad espiritual o en el ambiente psicodélico del Hollywood de Cary Grant. No conviene olvidar, en todo caso, bajo ningún concepto, lo que el grandísimo escritor Arthur Koestler le comentó al propio Leary en pleno trip, el velo